



Por Laura Solórzano



El cine puede tener muchas funciones. Puede, por ejemplo, llevarnos al futuro o revivir pasados olvidados; recordar historias de guerras y amores; transportarnos a ciudades mágicas y meternos en fantasías increíbles. Sin embargo, en países latinoamericanos, el cine se caracteriza por mostrar una faceta social donde se ponen en pantalla grande los problemas que afecten alguna sociedad en su época.

En Venezuela, el cine ha jugado un papel de denuncia a la viveza del venezolano, la situación en los hospitales, la realidad en los barrios; siempre con una visión muy caraqueña del asunto, dejando de lado el

resto del país, su gente y sus tradiciones.

En medio de una Venezuela salida de inundaciones, llena de ciudadanos que ahora buscan “refugios dignos” nos llega de mano de Marité Ugás esta obra bastante particular llamada: “El chico que miente”. Basada en la historia de un niño que, durante el deslave de Vargas en 1999, pierde a su mamá y le toca vivir en un edificio abandonado junto a su papá y otros cuantos sobrevivientes, esta película los dejará pensando una vez que salgan de la sala.

Dejar los prejuicios que se tienen y sobre todo las expectativas los ayudará a entender una película que desde la Villa del Cine trata de mostrar una realidad que ha sido ignorada por muchos desde el mismo año en que el lodo sepultó casi un estado completo. La realidad vivida en los refugios, la desesperación en la lluvia para encontrar objetos que pudiesen mejorar la poca calidad de vida, la lucha por la supervivencia, el valor de la propiedad para el venezolano, pero sobretodo, es una película que se sale del cliché en el que habíamos caído.

Haciendo un llamado de conciencia y de memoria aparece esta obra que además nos ayuda a ver cómo están nuestros pueblos en el interior el país. Sin mucho maquillaje, sin artistas profesionales pues la mayoría fueron actores locales, con diálogos forzados, pero cargado de tradiciones que nos resaltan lo importante de conocer cómo funciona nuestra sociedad y demostrándonos que aún tenemos muchas cosas que aprender.

Con una fotografía espectacular se recorre la costa del país recordándonos que más allá de las fronteras de Caracas existe un sinnúmero de personas que necesitan ayuda pero que no son tomadas en cuenta pues no peleamos por cosas que no afecta a la mayoría de los venezolanos que seguramente dejaron de comer tres veces al día para comer tres veces por semana.



En medio de la película, se encuentran con una de las tradiciones más importantes que se celebra en las costas venezolanas: las fulías a San Juan Bautista, patrón de las costas. Recuerda la película que el día de San Juan siempre llueve; nos grita desesperadamente que dejemos de lado las palabras y que nos dediquemos a observar la realidad de muchas personas en el país. Nos pide que en lugar de analizar los diálogos, tengamos una visión más crítica de esas personas que hace más de 11 años salieron de sus casas gracias a un desastre natural y que siguen metidos en un desastre humano que ha consumido este país y que va desde las instituciones gubernamentales hasta los ciudadanos de a pie cuya memoria llega hasta el día siguiente.

“El chico que miente” definitivamente nos muestra otra cara de la moneda que no habíamos conocido, que algunos sabíamos de su existencia pero que no estaba en nuestra mente. A pesar de algunos descuidos que te hacen pensar que ves una película de cine francés por algunos cambios de escena, es una película que recomiendo ver sin

duda alguna; pero eso sí, para verla es necesario observar y detallar todo lo que pasa en la película dejando de lado los diálogos “naturales” de sus actores comunes y corrientes.

Guayoyo en Letras es una publicación que busca abrir espacios de opinión y análisis para la sociedad venezolana generando un debate de ideas. Guayoyo en Letras no se hace responsable por las opiniones y/o comentarios vertidos por sus colaboradores y articulistas y no se identifica con éstos necesariamente.